

## Por qué fué Cicerón antiepicúreo

Hay un texto en las cartas de Cicerón a su hermano Quinto, en el que aquél emite un juicio sobre el poeta Lucrecio y su poema. Es un pasaje que ha causado muchos quebraderos de cabeza a los comentaristas y ha sido el *passo tormentato* de conjeturas y correcciones en las ediciones antiguas y modernas de las colecciones epistolares del orador. La edición de Constans (Collect. Budé 1934-36) trae así este lugar:

*Lucreti poemata ut scribis ita sunt multis luminibus ingeni, multae tamen artis; sed cum veneris... (Ep. ad Quint. fr. 2, 9, 3).*

La edición de Sjören (Upsala, 1911) y la de Diels de 1923 dan el mismo texto con ligeras variantes en la puntuación ortográfica que no modifican el sentido gramatical.

No pretendemos exponer aquí las interpretaciones que se han dado a base de correcciones conjeturales del texto, como las de Ernestius <sup>1</sup>, Bergk <sup>2</sup>, Munro <sup>3</sup>, Cornelissen, Karsten <sup>4</sup>, renovadas recientemente por Della Valle <sup>5</sup>, o las interpretaciones

---

<sup>1</sup> *M. Tullii Ciceronis Opera Omnia ex recensione*, Io. AUG. ERNESTI, III, 2, Halis Saxonum, 1775.

<sup>2</sup> *Rheinisches Museum*, 19, 1864, p. 606.

<sup>3</sup> *T. Lucretii Cari De rerum natura libri sex* edited by H. A. J. MUNRO, Cambridge, 1886<sup>4</sup>, II, p. 19.

<sup>4</sup> CORNELISSEN, *Mnemosyne*, 17, 1889, p. 128. KARSTEN, *ibidem*, p. 1387.

<sup>5</sup> *Marco Tullio Cicerone editore e critico del poema di Lucrezio*, «Atti della Reale Accademia d'Italia», *Memorie della classe di scienze morali e storiche*, ser. 7, 1, pp. 307-416, Roma, 1941.

«Helmántica», 30 (1958).

directas de Polle <sup>6</sup>, Schwabe <sup>7</sup>, Norden <sup>8</sup>, etc., todas muy discutidas y discutibles, ni cabe intentar una nueva exégesis fundada en crítica textual, semántica o sintaxis y estilística, que todo ha entrado en juego largamente en las discusiones del texto. Pero sí subrayo la interpretación que atiende sobre todo a los sentidos contrapuestos en alguna manera de *ingenii* y *artis*, que, a nuestro criterio, parece ser la más aceptable y la más segura y explicable, propuesta por Paavo Numminen <sup>9</sup>. Este escritor de Turku, prefiriendo la lección *multa* del cod. V (Palatino, 1510), a *multae* de los demás, y dando a *artis* un significado de «doctrina» y «preceptos de arte», se inclina por el sentido total de que, si Cicerón reconoce con su hermano Quinto que hay muchas muestras de talento en el poema, le desmerece un tanto el contener muchas cosas del *ars* o doctrina de Epicuro, de por sí desagradable para él y que no se prestaba a aplicar las normas del bello decir.

Tal interpretación de la idea de Cicerón expresada en la carta de febrero del 54 a. C., nos la confirma la posición filosófica y psicológica del gran orador ante el Epicureismo y sus adeptos.

Este sistema filosófico había penetrado en Roma hacia la mitad del siglo II, a. C., y se repartía las preferencias de los círculos cultos con el neoplatonismo y el estoicismo; pero así como estos últimos se difundieron más en las clases elevadas o altointelectuales, aquél, como de estructura más simplista y desviado ya de los principios de su maestro, cundió sobre todo por los medios de filósofos plebeyos. «Existe, dice (Tusc. 2, 3, 7), una categoría de individuos que tienen pretensiones al título de filósofo, y a los que se les atribuye, a fe mía, multitud de obras escritas en latín. Esos libros, no los menosprecio per-

<sup>6</sup> *Jahresberichte, Philologus*, 25, 1867, p. 501 ss.

<sup>7</sup> *Teuffels Geschichte der römischen Literatur*, 1890, p. 402.

<sup>8</sup> *Die antike Kunstprosa*, Leipzig, Teubner, 1915 y 1918, I, p. 182.

<sup>9</sup> Paavo Numminen ha recogido todas las conjeturas anteriores y ha expuesto su nueva explicación en una monografía titulada *Quo modo Cicero de Lucretio (et quodam Sallustio) iudicaverit*, Turku, 1953.

sonalmente, por la sencilla razón que no los he leído nunca; pero, dado que los autores se precian de escribir sin precisión, sin plan, sin selección y sin estilo, por mi parte me desintereso de una lectura que no tiene ningún atractivo».

Es indudable que Cicerón sentía repulsión hacia el sistema de Epicuro y los epicúreos. Llega hasta mostrar alergia indisoluble en sus cartas y principalmente en sus obras filosóficas: *Cum Patrone epicureo mihi omnia sunt, nisi quod in philosophia vehementer ab eo dissentio* (*Fam.* 13, 1).

Su formación filosófica había sido amplia en extensión, recogiendo el pensamiento griego de su siglo, el académico-peripatético de Antioco de Ascalón, el estoico de Diodoto y Posidonio, el neo-académico de Filón de Larisa, cuyas lecciones, de todos éstos, había escuchado. Sus preferencias van para la Academia; Platón le era familiar; compuso el *De Republica* y las *Leyes* a su ejemplo, y trató de traducir el *Timeo* y el *Protagoras*; pero de su maestro Antioco aprende la tendencia ecléctica, que le lleva a fundir en una mentalidad suya lo que considera más digno y creíble de cada uno; y aunque le repugnaba la intransigencia del estoicismo, y le ataca en el libro IV del *De Finibus*, para la parte moral se inclina hacia él, como lo prueba en el *Cato Maior*, y con preferencia al estoicismo moderado de Panecio y Posidonio; pero en su eclecticismo no entra para nada la doctrina epicúrea, y siempre será refractario a ella, a pesar de los esfuerzos de Atico por atraerlo a las mismas ideas (*De fin.*, 1, 5, 16).

Cicerón conocía a fondo el epicureismo de su tiempo profesado en Atenas y en Roma. Había tenido de maestro, muy joven, *cum pueri essemus*, dice (*ad famil.*, XIII, 1, 2), al epicúreo Fedro, y a otro tal Zenon: «y si no me engañaron Fedro o Zenón, responde Cicerón a Torcuato, (*De fin.*, 1, 5, 16), cuyas enseñanzas seguí, y nada propalan más que su fidelidad a la doctrina, todas las ideas de Epicureo me son bien conocidas».

«Y añadido que a estos mismos maestros, mi amigo Atico les escuchaba también con frecuencia, porque sentía admiración por ellos, y además afecto por Fedro. Después los dos comentábamos lo que les habíamos oído de las lecciones, y, si había

desacuerdo entre ambos, nunca lo era sobre el sentido de las palabras, era sobre la adhesión a las ideas».

Personalmente Cicerón estaba bien relacionado por lazos de amistad con ilustres epicúreos, con Pomponio Atico, que acabo de nombrar (1, c. y 5, 1, 3); con Patrón, jefe de la escuela epicúrea de Atenas, por lo que se ve en la carta citada poco ha, (fam. 13, 1), que escribió Cicerón a Memmius, por indicación de aquél; con L. Manlius Torquatus, condiscípulo suyo y de Atico en Atenas (NEP., *Att.*, 1), colega de Cicerón en el consulado (*Pro Sulla*, 11, 34), y su contrincante en el diálogo *De fin.*, y al que elogia por su cultura y letras en *Brutus*, 76, 265; con L. Saufeius escritor epicúreo anterior a Lucrecio (*Att.* 6, 9, 4; 7, 1), con el senador C. Villeius, defensor del sistema en el primero *De Natura deorum* (I, 6 ss.); y con el mismo Lucrecio, cuyo manuscrito original le quedó encomendado para su corrección y ordenación.

Colocándose, pues, Cicerón en una posición de equilibrio, de un ponderado eclecticismo entre la academia y el peripatetismo, cómo se explica que no dé nunca cuartel a las ideas epicúreas? Cuando en sus obras se le ofrece ocasión, no deja de impugnarlo y manifestar menosprecio por sus adeptos. En *De divin.* 1, 62, dice de los epicúreos, *hos minutos philosophos*; en *Tusc.*, 1, 55, de *plebeii philosophi* los califica; resalta la arrogancia del maestro de la doctrina en *De fin.*, 2, 3, 7: *nec est quod te pudeat sapienti assentiri qui se unus, quod sciam, sapientem profiteri sit ausus*. En *De Officiis*, 1, 2 les achaca que con su sistema pervierten la noción de deber; y en 3, 33 vuelve a repeler el principio de Epicuro sobre el placer, y el de Aristipo, fundador de la escuela cirenaica, que defendía lo mismo.

Mas la causa intrínseca por la que le repugnaba el Epicureismo la expone con sus pruebas en el *De finibus*, cuyos dos primeros libros están dedicados a su doctrina y refutación.

A Cicerón le pregunta su amigo y contertulio Torcuato: «Y ¿por qué razón no te satisface Epicuro?». Desde luego declara Cicerón que no se trata del estilo del filósofo; es el fondo de la cosa lo que no le llena. No tiene originalidad: su física no

es más que un préstamo de Demócrito, y donde lo modifica, aún lo vicia más.

Respecto a la canónica o lógica, no tiene armas defensivas, ni defensivas el sistema; suprime las definiciones, no dice nada sobre el modo de clasificar o distinguir en partes un todo; no da medio de construir y concluir un razonamiento; no tiene método para resolver una argumentación capciosa y distinguir equívocos. El criterio de la realidad lo pone en la sensación, y si una vez se engaña aceptando por verdadero lo que es falso, desaparece toda distinción entre lo verdadero y lo falso.

Donde sobre todo descubre los fallos de la doctrina epicúrea es en la moral. El principio que adopta Epicuro como más sólido en este terreno es el de que la naturaleza ha establecido una ley, de la que ella misma suministra la prueba, el placer y el dolor. A este principio o ley deben referirse todos nuestros actos, buscando el primero, evitando el segundo. Y aunque este principio es de Aristipo y los Cirenaicos lo sostienen con más apoyo y libertad que Epicuro, «no encuentro, dice Cicerón, nada que pueda imaginarse más indigno del hombre». *Ad maiora enim quaedam nos natura genuit et conformavit, ut mihi quidem videtur (De fin., 1, 7, 22-23).*

Y hay que hacerse la pregunta: ¿por qué se encuentran tantos epicúreos? Por muchas razones, pero la que sobre todo atrae a la multitud es precisamente, porque se atribuye a Epicuro que las acciones rectas y honorables producen por sí mismas satisfacción y placer (id., id., 25).

Lamenta también Cicerón la ignorancia de Epicuro en muchos conocimientos de los que hacen a los hombres sabios, y sus consejos para apartar a otros del estudio (*De fin.*, 1, 7, 25). Diógenes Laertio (X, 6) afirma que aquél decía en una carta: *παιδείαν πᾶσαν.. φεῦγε*. Y en *De nat. deor.*, 1, 27, 72: *cum quidem gloriaretur, ut videmus in scriptis, se magistrum habuisse nullum.*

En el libro II, 2, 35, 116-118 razona las graves consecuencias y el peligro que supondría para la juventud y el bienestar de la patria la aplicación de las teorías epicúreas: Los grandes virtudes de los antiguos ciudadanos romanos no se debieron al principio de seguir la ley epicúrea del placer. Si el interés per-



sonal y las ventajas propias fueran el móvil de la juventud, se produciría un derrumbamiento general de todo lo noble, desaparecería el hacer beneficios, el agradecimiento, los lazos de unión y concordia; las virtudes más nobles quedarían por tierra. Para la conciencia de Cicerón, como hombre público y honrado, es una filosofía perturbadora, y aniquiladora de las energías morales que elevaron la patria romana.

Aparte de estos motivos doctrinales y de tesis, que indujeron a Cicerón a repudiar abiertamente la doctrina o *ars* de Epicuro, debieron influir notablemente en su ánimo recto y noble la calidad plebeya y baja de los filósofos y doctrinantes de la secta, que conoció en Roma. Cundía entonces un epicureismo harto ligero y seductor, bastante alejado de la austeridad del maestro. Y lógicamente, si los principios y moral de éste no le satisfacían, mucho menos las de sus discípulos, que resultaban heterodoxas y de peor sentido moral con relación a las del fundador de la escuela.

A favor del silencio de los buenos filósofos, descendientes de la escuela socrática, peripatéticos, académicos y aún estóicos, por escasear en gran manera las obras latinas de estas tendencias en Roma, Caius Amofinius se hizo escuchar. La publicación de sus obras hizo tan gran impresión en la muchedumbre, que ésta se acogió de preferencia a su doctrina, bien porque su comprensión simplista le era fácil, bien porque le arrastraban los halagos del placer, pues no encontrando otra filosofía mejor para sus gustos, se contentaba con lo que tenía.

Además después de Amafinio, «muchos adeptos del mismo sistema escribieron tantas obras que inundaron toda Italia, y la prueba mejor de que no eran profundas es que prontamente se las asimilaron y encontraron crédito entre los ignorantes; y estos epicúreos tienen esta adhesión por confirmación de sus doctrinas» (*Tusc.* 4, 6).

Otro epicúreo contemporáneo y del mismo corte de Amafinio, fué Rabirius; es tratado en las Académicas (*Acad. post.* 1, 2, 5), como un mal autor, de estilo vulgar, que no emplea definiciones ni divisiones, y con una argumentación carente del

rigor más elemental. No sabemos más de este filósofo, que va unido a Amafinius en la censura que le hace Cicerón.

De la misma mentalidad y escuela filosófica era Catius de Insubria, que murió en el 45 (*ad fam.* 15, 16, 1), y del que sabemos por Cassius (*ad fam.*, 15, 19, 2), que procedía espiritualmente de Epicuro como Amafinius: *Epicurus a quo omnes Catii et Amafinii, mali verborum interpretes proficiscuntur*; traducía mal, tan mal como su colega citado, la palabra del maestro, pues, al decir de Cicerón (*Fam.* 15, 16, 1), vertía los εἰδῶλα de Epicuro por *spectra*. No obstante Quintiliano (10, 1, 124) lo juzga como escritor de poco peso, pero no desprovisto de atractivo: *In Epicureis levis quidem, sed non iniucundus tamen auctor est Catius* <sup>10</sup>.

Epicúreo y amigo de Cicerón fué también L. Saufeijs, contemporáneo de Atico (*NEP.*, *Att.*, 12, 3), y residente en Atenas, donde se imbuyó en la filosofía. Las relaciones de amistad con el orador se descubren en las cartas que van del año 67 al 44 (cf. etiam *Att.*, 6, 9, 4; 7, 1). Su carácter epicúreo se deduce de que Cicerón (*Att.* 1, 3, 1), cree que Saufeijs dirigirá una composición consolatoria a Atico por la pérdida de su abuela, y más adelante, en el 56 (*Att.* 4, 6, 1), hace alusión a los argumentos que Saufeijs y los epicúreos utilizaban para atenuar las penas.

De sus escritos sólo podemos rastrear algo por una observación de Servius (*Ad Aen.* 1, 6) <sup>11</sup>, sobre la etimología del topónimo *Latium*. El texto de Servius que parece inspirado en Saufeijs, presenta bastantes analogías de estilo con el de Lucrecio, en aquellos versos (5, 955, ss.), en que describe la vida de los primitivos. Esta aproximación entre ambos confirma el epicureismo de Saufeijs. Lo mismo que a los anteriores, Cicerón reprocha a éste la impronta e inexacta traducción de los εἰδῶλα de Epicuro por *spectra*. El orador se burla del estilo pobre y de la terminología insuficiente de los epicúreos. (Cfr. BARDON, *La Littérature inconnue*, Paris, I, 1952, p. 208).

La deficiencia y dificultad expresiva de vocabulario y estilo

<sup>10</sup> Cf. PLIN., SEC., *Ep.* 4, 28, 1.

<sup>11</sup> Cf. F. MÜNZER, *Ein Röm. Epik.* «Rhein. Mus.», 1914, 625 ss.

filosóficos del latín la reconoce, sabemos, Lucrecio, y para reproducir e interpretar ajustadamente los *dicta aurea* del maestro, renuncia a la prosa, y trata de juntar la precisión de los términos con el realce del ritmo poético, y mantener así en su pureza la doctrina. Con el objeto de contrarrestar la filosofía y doctrina vulgar e inexacta en el fondo y pobre en la forma, que lamenta y rechaza Cicerón, quiere proclamar la verdadera y pura doctrina del maestro. Y en este sentido han de entenderse los versos 5, 335-37 del *De rerum natura*, cuando reclama con cierta suficiencia y entusiasmo que es el primero, capaz de verter al latín el sistema de la naturaleza, poco ha descubierto <sup>12</sup>.

Tratando de investigar la resonancia que pudieron tener las ideas antiepicúreas de Cicerón en los primeros escritores cristianos, nos encontramos en Tertuliano, autor poco ciceroniano ni por las ideas, ni por el gusto y estilo, al que da nuevo giro con fuerte personalismo, dos pasajes en que alude al gran orador con apariencias, a primera impresión, no muy favorables a sus ideas antiepicúreas.

En el tratado *De anima*, 33, 4, tiene el Padre africano: *Si ita indicabitur, nonne illa anima plus solacii quam suplicii relatura est, quod funus inter cocos pretiosimos invenit, quod condimentis Apicianis et Lurconianis humatur, quod mensis Ciceronianis infertur, quod lancibus splendidissimis Sullanis effertur.*

¿Qué mesa ciceroniana es la aludida, que se intercala entre los exquisitos platos de conocidos gastrónomos como Apicius y Lurco y la suntuosa vajilla de Sulla? No se refiere a este tipo de epicureismo práctico, sino a la suntuosidad en los muebles, como las mesas de tuya, el *orbis citri*, cuyo primer ejemplar trajo Cicerón de Mauretania, y por el que pagó 500.000 sextercios, en tanto que Asinius Gallus por otra del mismo origen desembolsó un millón. Y de esto nos entera el mismo Tertuliano en el *De*

---

<sup>12</sup> Cf. D. VAN BERSCHEM, *La publication du «de rerum natura...»*, «Mus. Hel.», 1946, p. 30, y BARDON, o. c., en el texto, p. 208.



*Pallio* (5, 5): *Adigo cauterem ambitioni, qua M. Tullius quingentis milibus nummum orbem citri emit, qua bis tantum Asinius Gallus pro mensa eiusdem Mauretaniae numerat — hem, quantis facultatibus aestimavere ligneas maculas? — item qua lances centenarii ponderis Sulla molitur* (Tertuliano deriva esta noticia de Plinio en la H. N., 13, 30, 102 y 13, 29 92).

De la breve disertación que antecede puede concluirse, que la posición decididamente hostil de Cicerón al epicureismo confirma la interpretación de Nunminen sobre *artis* del texto de la carta a Quinto, como alusiva a la doctrina y poca literatura del filósofo de Gargetto, de menos aprecio para Cicerón que el talento del poeta Lucrecio.

De paso puede observarse que hubo tratados filosóficos en latín antes que Cicerón; y que el sistema epicúreo latino es anterior a Lucrecio.

J. CAMPOS, SCH., P.